

EL NUEVO ESTADO IMPERIAL

Liberar a los mercados de los Estados: así es como ha proclamado la ideología neoliberal la causa de la especulación financiera, la competición por las exportaciones y la acumulación de capital sin trabas que se esconde bajo el nombre de «globalización». Hasta los analistas más críticos se han hecho eco del soniquete. Eric Hobsbawm, en *The Age of Extremes*, escribió: «El mundo más conveniente para las corporaciones multinacionales es uno con Estados capitidisminuidos o sin Estados en absoluto»¹. Sin embargo, los Estados, y sobre todo el más poderoso de ellos, han desempeñado un papel activo, con frecuencia crucial, en el advenimiento de la globalización, y se les encomienda cada vez más la tarea de mantenerla. Esto quedó meridianamente claro al inicio de la crisis financiera de Extremo Oriente en 1998. Cuando Robert Rubin y Lawrence Summers volvieron de Seúl, donde habían estado dictando su política al nuevo gobierno coreano, el Departamento del Tesoro estadounidense y la Reserva Federal interrumpieron sus vacaciones de Navidad y convocaron al Ministerio de Economía japonés, al Bundesbank y al Banco de Inglaterra para coordinar los créditos privados a Corea. Como admitía un director gerente para mercados globales de un banco norteamericano en Hong Kong poco después: «A todos nos llegó el mandato, que sonaba como la Voz del Sinaí: “No recortarás los créditos”»². El *Wall Street Journal* también citaba a un banquero británico que describía aquella «operación de rescate» con una perspectiva más amplia: «Es lamentable, pero los bancos internacionales nunca se comprometen a fondo si no se ven empujados por el Tesoro estadounidense». El 8 de enero de 1998, poco después del regreso de Rubin de Seúl, el economista Rudi Dornbusch ironizaba en la CNBC que el «aspecto positivo» de la crisis financiera era que Corea del Sur estaba ahora «bajo la propiedad y el control de nuestro Tesoro», lo que provocó la sonrisa de los demás expertos: después de todo, los que acostumbraban a regir el dominio coreano eran el Departamento de Estado o el Pentágono, no el Tesoro.

Conforme se extendía el contagio a lo largo de 1998, las acostumbradas falacias neoliberales acerca de los Estados sin poder sobrepasados por las imparables fuerzas del mercado se hicieron cada vez más insostenibles. El mundo asistía fascinado al *alza* de la Bolsa de Nueva York ante la noticia de que el gobierno japonés había nacionalizado uno de los mayores bancos del mundo

¹ *The Age of Extremes*, Michael Joseph and Pelham Books, Londres, 1994, p. 281. [Edición española, *Historia del Siglo xx*, Crítica, Barcelona, 1995.]

² *Wall Street Journal*, 4 de noviembre de 1998.

(el Banco de Créditos a Largo Plazo), siguiéndole a continuación el espectáculo de los funcionarios de la Reserva Federal, amonestando a los directores ejecutivos de las principales firmas de Wall Street y prohibiéndoles irse a dormir mientras no se pusieran de acuerdo para hacerse cargo de las deudas de un *hedge fund* en bancarota, el *Long Term Capital Management* (un nombre ciertamente equívoco para una institución financiera dedicada a arbitrajes a corto plazo). Difícilmente podía verse en estos sucesos a la globalización «liberando a los mercados del Estado». Y es que no hay como una crisis para clarificar las cosas: al cabo de nueve meses, sin haberse recuperado del efecto de la suspensión de pagos rusa, y con la economía brasileña bamboleándose al borde del precipicio, las figuras protagonistas de los mercados mundiales de capital parecían más sujetas y más atentas a las insinuaciones de las autoridades financieras de Washington que los más serviles burócratas soviéticos a las directrices del Gosplan. Cuando Alan Greenspan y la Reserva Federal ajustaron a la baja los tipos de interés, indicando al recientemente creado Banco Central Europeo el camino para hacer lo propio, quedó bien a las claras qué duro resultaría el mundo para los capitalistas si realmente estuviera poblado por «Estados capitidisminuidos», o sin ningún tipo de Estados.

Nada de esto era nuevo, ni se limitaba a las dramáticas intervenciones como prestamista de último recurso del tipo presagiado en la crisis de la deuda del Tercer Mundo en la década de 1980, en el rescate de los *Savings and Loan*, en el hundimiento del mercado de valores en 1987, o en la crisis mexicana de 1994. Las políticas desreguladoras que ha puesto en marcha la globalización, no sólo implicaban un cúmulo de nuevas reglas para el funcionamiento del «libre mercado», sino que también han ampliado el campo de actuación de los líderes políticos y la intervención discrecional de los bancos centrales y los ministerios de economía, lo cual constituía un paso necesario, dada la naturaleza (permanentemente) caótica e (intermitentemente) abocada a la crisis del libre mercado. En realidad, había surgido una nueva relación sistémica entre Estado y Capital, pero que no disminuía el papel de los Estados, en particular el del Estado norteamericano. El neoliberalismo, como ideología, encubría ese hecho; pero hay que añadir que la mayoría de sus críticos, al adoptar las mismas categorías limitadas de Estado-mercado, por más que invirtieran los valores a ellos atribuidos, no veían mucho más allá. Al lamentar el «eclipse» del Estado por el mercado, han restringido su aportación a ensalzar el éxito de los «Estados fuertes» de Extremo Oriente o del norte de Europa, frente a la «debilidad del Estado» del modelo angloamericano, con la vana esperanza de que el ejemplo japonés o el alemán les ayudara a demostrar lo equivocado del neoliberalismo. El problema de ese tipo de respuesta no era sólo que la mayoría de los modelos «estatalistas» fueran dudosos como alternativas progresistas a la globalización, ni que la mayoría de los defensores de esa tendencia se mostraran ostensiblemente ciegos a las tensiones y contradicciones que socavan esos modelos y los hacen cada vez más vulnerables a las presiones globales. El mayor problema era la propia idea de que se trataba de «Estados fuertes», comparados con un supuestamente «débil» Estado norteamericano.

El deseo de contrarrestar el neoliberalismo reforzando los Estados frente al mercado es en cierto modo comprensible: refleja la esperanza de que sean los votos más que los dólares los que determinen las opciones que gobiernan nuestras vidas. Pero ha provocado una notable idealización del Estado como depositario de valores comunitarios y necesidades sociales. La «incrustación» se ha conver-

tido en el nuevo canto de sirena: en tanto que los mercados estén «incrustados en la sociedad» podrían ser prudentes, eficaces y justos. Por vagos que fueran a veces sus modelos, los «socialistas de mercado» de la década de 1980 al menos pensaban en «incrustar» de algún modo los mercados en relaciones sociales igualitarias. Hoy día esa idea está más relacionada con medidas de regulación y gasto del Estado capitalista. La identificación a la ligera del Estado con los intereses de la «sociedad» es la marca de fábrica de una nueva y floreciente variante del idealismo hegeliano de izquierdas. Los intereses contradictorios de las clases desaparecen de escena invocando a un Estado activo, capaz al mismo tiempo de servir al capital (haciendo más eficaz la penetración en los mercados), de mejorar la educación y el bienestar como infraestructuras sociales para una «competitividad progresista», y de forjar una alianza «sinérgica» con la «sociedad civil»³. De nuevo, nada nuevo. La idea de «Estado activo» se acomoda ahora a lo que Ernst Bloch identificó en su momento con una de las funciones clave de la ideología, la «prematura armonización de las contradicciones sociales» en el seno de las relaciones sociales existentes. Esa crítica del neoliberalismo tiene en común mucho más de lo que está dispuesta a admitir con el idealismo cínico de la tercera vía y el actual proyecto del Banco Mundial de construir un «consenso post-Washington», esto es, la globalización con rostro socialdemócrata.

La dualidad estática entre las categorías de Estado y Mercado, que tantos supuestos oponentes al neoliberalismo aceptan sin reservas, constituye una barrera a la comprensión de la economía política del neoliberalismo. Retrospectivamente, ahora está más claro que nunca que el abandono de los intentos de desarrollar la teoría marxista del Estado capitalista en favor de conceptos como el de la «autonomía del Estado» ha supuesto un descarrío desastroso. Como señalaba un experto financiero internacional en la reciente conferencia de la *American Political Science Association en Atlanta*: «En 1980, hasta los marxistas pensaban que una explicación instrumental del Estado capitalista no era lo bastante sofisticada, y en 1990 nadie se tomaba en serio ningún tipo de teoría marxista del Estado capitalista; ¿pero qué podemos decir ahora, cuando Goldman-Sachs controla el Departamento del Tesoro estadounidense?» Por muy estimulante que resulte viniendo de semejante fuente, esa regresión a la idea vulgar del «comité ejecutivo de la burguesía», aunque esté mucho más próxima a la realidad que las nuevas ideas hegelianas del Estado como depositario de valores comunitarios, tampoco funciona. La globalización ha hecho más complejo el papel y la naturaleza del Estado, por más que siga siendo evidentemente capitalista. ¿Entonces por dónde debemos comenzar?

El legado de Poulantzas

La obra de Nicos Poulantzas sobre «la internacionalización y el Estado-nación», escrita a comienzos de la década de 1970, sigue siendo el punto de partida más fructífero⁴. Contra «la ideología de la “globalización”», Poulantzas insistía en

³ Véanse Peter Evans, «The Eclipse of the State? Reflections on Stateness in an Era of Globalization», *World Politics* 50, octubre de 1997, o Linda Weiss, *The Myth of the Powerless State*, Ithaca, 1998.

⁴ Nicos Poulantzas, *Classes in Contemporary Capitalism*, Londres, 1975. [Ed. cast.: *Las clases sociales en el capitalismo actual*, Siglo XXI, México DF, 1976]. Véase también Kostantine Tsoukalas, «Globalization and the Executive Committee», *The Socialist Register*, 1998.

que es un error imaginarla como un proceso económico abstracto en el que las formaciones sociales y los Estados aparecen como «una mera concreción y espacialización de “momentos” de ese proceso». Tales formulaciones, que inevitablemente llevan a pensar que el Estado ha «perdido sus poderes» en beneficio del capital multinacional, son «fundamentalmente incorrectas». La aportación más sobresaliente de Poulantzas al respecto consistió en explicar (i) que cuando el capital multinacional penetra en una formación social determinada, llega a ésta no como «inversión extranjera directa» abstracta, sino como una fuerza social transformadora en el seno de ese país; (ii) que la interacción del capital extranjero con el doméstico conduce a la disolución de la burguesía nacional como concentración coherente de intereses de clase; (iii) que lejos de perder importancia, el Estado anfitrión se responsabiliza en realidad de mantener engrasadas las complejas relaciones del capital internacional con la burguesía del país en cuestión, en el contexto de la lucha de clases y las formas políticas e ideológicas que siguen siendo específicamente nacionales, aunque se expresen en el marco de una coyuntura mundial dada.

Esos asertos siguen proporcionando aún los elementos conceptuales que precisamos para desarrollar una teoría de la globalización. Pero los he abstraído, a diferencia de lo que hizo Poulantzas, de los Estados existentes y los conflictos y coyunturas específicos que atraviesan el mundo en la era de la globalización. Cuando Poulantzas desarrolló su crítica de la ideología de la globalización, se ocupó de dibujar los contornos de una nueva época de dominación estadounidense global, que conllevaba un nuevo tipo de imperialismo no territorial, implantado y mantenido no mediante el gobierno directo desde la metrópoli, ni siquiera mediante una subordinación política de tipo neocolonial, sino más bien mediante la «reproducción inducida de la forma del poder imperialista dominante en el interior de cada formación nacional y de cada Estado». Trascendiendo los límites restrictivos de teorías marxistas anteriores del imperialismo⁵, Poulantzas comprendió que, al calor de la crisis del sistema de Bretton Woods y de la derrota estadounidense en Vietnam, había nacido una nueva era imperialista⁶.

Lo que Poulantzas fue capaz de ver era que el trastorno sufrido en la década de 1970 por la dominación estadounidense tan sólo se refería a la forma excepcional que la hegemonía estadounidense había adoptado en el contexto de la recuperación de los años de posguerra. Poulantzas, en abrupto contraste con quienes percibían un declive del poder norteamericano y el ascenso de nuevos capitalismo dinámicos en Alemania y Japón como matriz de lo que iba a convertirse en la globalización⁷, señalaba acertadamente que:

[...] las relaciones entre las propias metrópolis imperialistas se están organizando ahora en términos de una estructura de dominación y dependencia *en el interior de*

⁵ Al respecto, véase el análisis clásico de Giovanni Arrighi, *La geometría del imperialismo*, Siglo XXI, México DF, 1978.

⁶ Para otros penetrantes estudios del nuevo imperialismo en esa época, véanse Harry Magdoff, *The Age of Imperialism*, Nueva York, 1969 [Ed. cast.: *La era del imperialismo*, Editorial Nuestro Tiempo, México DF, 1969], y James O'Connor, *The Corporations and the State*, Nueva York, 1974.

⁷ Desde Ernest Mandel a finales de la década de 1960 hasta Robert Brenner a finales de la de 1990: véanse Mandel, *Europe versus America?*, Londres, 1971, y Brenner, *The Economics of*

la cadena imperialista. La hegemonía de Estados Unidos no es análoga a la ejercida por una metrópoli sobre las demás en las fases anteriores, y la diferencia no es meramente «cuantitativa», sino que, por el contrario, se ha alcanzado estableciendo relaciones de producción características del capitalismo monopolista norteamericano y dotándolas de un carácter dominante en *el interior de las otras metrópolis* [...] esto implica igualmente la reproducción ampliada en estas últimas de las condiciones ideológicas y políticas necesarias para el desarrollo del imperialismo estadounidense⁸.

Esas «relaciones de producción» deben interpretarse en su sentido más amplio, como Poulantzas probablemente pretendía. Con esa condición, su penetrante visión de la relación entre la dominación imperial estadounidense y la globalización –por dudosa que haya podido parecer en varios aspectos a quienes limitaban estrechamente su atención a la competitividad relativa de la economía doméstica norteamericana– se ve confirmada ahora, en los albores del siglo XXI.

La preocupación de Poulantzas por demostrar que la globalización no significaba «la desaparición virtual del poder nacional del Estado» le llevó a concentrar su atención en las modalidades de la reproducción inducida de la hegemonía en el interior de los Estados europeos, lo que significó, como indicó en su momento Susanne de Brunhoff, desatender en cierta medida «lo que estaba sucediendo en Estados Unidos»⁹. Poulantzas consideraba al capital estadounidense principalmente en términos de sus efectos sobre los Estados y formaciones sociales europeas, y no examinó en detalle las fuerzas que desde el interior de la economía norteamericana impulsaban las inversiones directas en Europa, ni las contradicciones que esto representaba para el capitalismo estadounidense. Y lo que es aún más crucial, pasó por alto las articulaciones del imperialismo norteamericano en los aparatos de su propio Estado y en las instituciones internacionales que controlaba.

Después de Bretton Woods

Poulantzas escribía en el que ahora podemos considerar como punto de inflexión entre la época de Bretton Woods y la de la globalización, un momento en el que la acrecentada competencia intercapitalista, la inflación rampante, la caída de las tasas de ganancia y la creciente especulación contra el dólar se conjuntaban con una sublevación generalizada a escala mundial contra el imperialismo estadounidense, mientras que los propios países capitalistas del centro se veían sacudidos no sólo por oleadas de militancia obrera, sino por la erupción de las protestas juveniles y negras en las calles, cuando la guerra en Indochina se convirtió en un desastre para Estados Unidos¹⁰. Junto con el colapso del sistema de Bretton Woods, las propuestas radicales y anticapitalis-

Global Turbulence, NLR 229, mayo-junio de 1998 [de próxima aparición en «Cuestiones de antagonismo», Akal Ediciones].

⁸ *Classes in Contemporary Capitalism*, op. cit., p. 47. Las cursivas son mías.

⁹ *The State, Capital and Economic Policy*, Londres, 1978, pp. 113-122.

¹⁰ En su preocupación por mostrar que la causa subyacente del largo período de declive no pudo ser un impacto significativo de la militancia de la clase obrera industrial sobre los costes de la fuerza de trabajo, Robert Brenner evalúa de forma demasiado estrecha y economicista la lucha de clases y pierde así de vista ese momento crucial en su obra *The Economics of Global Turbulence*.

tas para democratizar la economía –incluidos los controles sobre las corporaciones multinacionales y las inversiones extranjeras, la planificación de acuerdos con las principales empresas y sindicatos, la nacionalización de la banca y la extensión de los controles sobre los tipos de cambio y los flujos de capital– aparecieron hasta en la agenda de los partidos socialdemócratas, mientras las Naciones Unidas aprobaban una Declaración de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, que otorgaba a los países miembros el derecho a «regular y ejercer autoridad sobre las inversiones extranjeras», y a «regular y supervisar las actividades de las corporaciones multinacionales». Esa Declaración permitía explícitamente a los Estados «nacionalizar, expropiar o transferir la propiedad de agentes extranjeros».

Pero aquélla fue también una coyuntura en la que el creciente poder de las finanzas internacionales, sobre todo desde Wall Street, estaba ya resquebrajando las regulaciones profilácticas de los regímenes del *New Deal* y de Bretton Woods. Los artífices del sistema de posguerra habían caído en la ingenua ilusión de que los objetivos de la expansión del comercio internacional, la restauración de la convertibilidad de las monedas y el fomento de las inversiones extranjeras directas podían llevarse a cabo sin que acabara resurgiendo el capital financiero. Tras las multinacionales estadounidenses llegaron a Europa sus bancos, y las operaciones exteriores de sus sucursales internacionales se convirtieron pronto en los campos de inversión más rentables. Los controles sobre transferencias de capital que Estados Unidos había impuesto en la década de 1960 para contrarrestar el déficit en la balanza de pagos se esquivaron con facilidad, con la colaboración de las propias autoridades monetarias estadounidenses¹¹. Cuando el sistema de Bretton Woods se vino abajo, el creciente poder del capital financiero ocupó su lugar en la construcción de un nuevo régimen global. Un grupo de funcionarios incorporados a la Casa Blanca de Nixon a finales de la década de 1960, armados con las teorías de Milton Friedman y con estrechos lazos con Wall Street, desempeñaron un papel crucial en su implantación¹². Creían, como se encargó de pontificar en su momento la Comisión Trilateral, que era esencial impedir que los gobiernos se vieran «sobrecargados» por las demandas populares. Pero eso no significaba que se fuera a dar de baja a los Estados, sino por el contrario que debían dejar de ser «sistemas de bienestar» y transformarse en regímenes destinados a facilitar y mantener expedito el libre flujo de capitales en todo el globo.

Gran Bretaña proporcionó el primer y decisivo test de la confrontación entre las soluciones radical-democrática y capitalista-financiera a la crisis. En 1974 una huelga combinada de mineros y trabajadores de la construcción había desembocado en un virtual estado de emergencia, que culminó con la caída del gobierno conservador de Edward Heath. El partido laborista regresó al poder, con un ministro de Hacienda que había prometido que iba «a exprimir a los ricos hasta que sus huesos crujieran». Los mercados financieros reaccionaron frente al nuevo gobierno con un feroz asalto contra la libra esterlina, y al cabo de dos años Healey se vio obligado a solicitar un crédito al FMI para detener su caída.

¹¹ Véase J. Hawley, *Dollars and Borders*, Londres, 1987.

¹² Véase Eric Helleiner, *States and the Reemergence of Global Finance*, Ithaca, 1994, pp. 111-120.

La crisis británica

Las condiciones que acompañaron al préstamo del FMI en 1976 representaron una ruptura trascendental con los acuerdos del protocolo de Bretton Woods¹³, ya que equivalían nada menos que a imponer la preferencia largamente acreditada del capital financiero por la estabilidad de los precios y la inversión privada, como objetivos privilegiados de la política económica, a uno de los principales Estados occidentales, cuya población acababa de votar por el gasto público y el pleno empleo. Los actores clave de ese drama fueron William Simon, secretario estadounidense del Tesoro, su subsecretario, Edwin Yeo, y Scott Pardee, vicepresidente del Banco de la Reserva Federal de Nueva York. En los últimos días de las negociaciones con el FMI Simon voló a Londres para reunirse en secreto con el Banco de Inglaterra y los funcionarios del Tesoro británico y conocer su valoración acerca de las posiciones del gabinete laborista. Para mantener la clandestinidad del encuentro, éste tuvo lugar en el taller de un elegante sastre londinense, y le costó a Simon el precio de tres trajes, aunque valió la pena, según confesó más tarde¹⁴. Simon había hecho su primer millón de dólares comerciando con bonos antes de cumplir los treinta; el subsecretario Yeo era un antiguo banquero de Pittsburgh. Las conexiones entre Wall Street y la City londinense indudablemente lubricaron las negociaciones. Pero fue sólo en su calidad de *funcionarios públicos estadounidenses* como Simon y Yeo pudieron desempeñar ese papel, derrotando la alternativa económica radical defendida por Tony Benn y otros miembros del partido laborista.

No fue fácil. Edwin Yeo relató más tarde cómo el Tesoro había «sudado sangre» para conseguir su objetivo, no sólo frente a Henry Kissinger y el Departamento de Estado, que preconizaban un trato más amable hacia un aliado tan importante en la Guerra Fría. Como contó más tarde William Rodgers, sucesor de Simon a la cabeza del Tesoro: «Todos teníamos la impresión de que podía producirse un grave enfrentamiento, de consecuencias imprevisibles [...] se trataba de una elección entre el mantenimiento de Gran Bretaña en el sistema financiero liberal y un cambio radical de actitud. Creo que si esto se hubiera llegado a producir, el sistema en su totalidad habría comenzado a resquebrajarse. Por eso tendíamos a contemplarlo en términos cósmicos»¹⁵. Por eso, también, acabó aceptando el gabinete laborista las condiciones impuestas, el cual acometió con tal empeño la tarea de dismantelar los controles británicos sobre la entrada y salida de capitales y el Estado del bienestar, que Margaret Thatcher durante los primeros años de su gobierno, se jactaba de que ella tan sólo estaba aplicando la política laborista. El gobierno de Healey no sólo gestionó la crisis británica como convenía a Estados Unidos, sino que se consideró a sí mismo como un socio menor en la gestión de la crisis internacional, aplicando medidas que aceleraron el libre flujo de capitales, y ayudando activamente a

¹³ Aunque el Tesoro estadounidense había ido forzando la imposición de condiciones a los préstamos del FMI a los Estados del Tercer Mundo durante las décadas de 1950 y 1960, era la primera vez, al menos desde 1947-1950, cuando el Plan Marshall obligaba a mantener políticas de disciplina social y financiera, que se imponían condiciones a uno de los principales aliados de Estados Unidos; véase Andrew Glyn, «The Rise and Fall of the Golden Age», en S. Marglin y J. Schor (eds.), *The Golden Age of Capitalism*, Oxford, 1990.

¹⁴ Véase M. Harmon, *The British Labour Government and the 1976 IMF Crisis*, Londres, 1997, pp. 193-195.

¹⁵ Leo Panitch y Colin Leys, *The End of Parliamentary Socialism*, Londres, 1997, p. 126.

establecer, como Poulantzas había señalado, «relaciones de producción características del capitalismo monopolista estadounidense» en su propia metrópoli. El hecho de que este planteamiento se aplicara con éxito en Gran Bretaña significó la señal para la nueva era de neoliberalismo imperial que se dio a conocer como «consenso de Washington».

Reorganización de la hegemonía

Las teorías de «régimen» que dominan en el terreno de las relaciones internacionales son manifiestamente inútiles para comprender ese desarrollo, pues disfrazan de acuerdos de cooperación lo que en realidad no son sino manifestaciones estructurales de una economía política internacional jerárquicamente organizada¹⁶. Lo mismo puede decirse de las teorías de la autonomía del Estado, que infravaloran toda la evidencia histórica de la creciente dominación política de las ideas y presiones del estamento empresarial, tanto sobre los Estados nacionales como sobre la economía mundial, durante los últimos veinticinco años. Ahí es donde podemos apreciar los logros de Poulantzas. Su marco conceptual le permitió distinguir, como pocos pudieron hacerlo, la capacidad estadounidense para llevar a cabo la reestructuración radical del capitalismo global con formas que reprodujeran su dominio imperial. Percibió claramente qué significaba la serie de sucesivas «retiradas» europeas respecto al control sobre el movimiento de capitales, la política monetaria y la crisis del petróleo a comienzos de la década de 1970:

No hay solución para esta crisis, como comprenden perfectamente las burguesías europeas, en una confrontación con el capital estadounidense. La cuestión que deben resolver, frente al ascenso de las luchas de las masas populares en la propia Europa, es más bien la de reorganizar una hegemonía que todavía aceptan, teniendo en cuenta la reactivación e intensificación de las contradicciones interimperialistas. El capital estadounidense no necesita restablecer su hegemonía, ya que nunca la ha perdido¹⁷.

No es éste el lugar adecuado para intentar siquiera hacer un resumen histórico general de la reorganización de los términos de la hegemonía y las reglas del nuevo orden capitalista que se han ido asentando desde que Poulantzas escribió esas palabras. El brillante análisis de Peter Gowan sobre lo que denomina «la apuesta fáustica de Washington por la dominación global», que cubre todo el período que media desde Nixon a Clinton, ciertamente confirma el planteamiento de Poulantzas¹⁸. Pero al concentrarse casi exclusivamente en la estrategia estadounidense, se puede decir que Gowan invierte la omisión de Poulantzas, ya que deja de lado cualquier examen detallado de la determinación de los cambios políticos producidos en el interior de los propios Estados europeos, minusvalorando tácitamente hasta qué punto fueron negociados más que dictados. Quizá achaca demasiada coherencia a las estrategias estadounidenses, y demasiada claridad y previsión a los agentes políticos. Eso no quiere decir que Gowan presente la evolución de los planes de unos y otros y su materializa-

¹⁶ M. Harmon, *The British Labour Government and the 1976 IMF Crisis*, op. cit., p. 228.

¹⁷ *Classes in Contemporary Capitalism*, op. cit., p. 87.

¹⁸ Peter Gowan, *The Global Gamble*, Londres, 1999. [Ed. cast.: *La apuesta de la globalización*, Akal Ediciones, Madrid, 2000.]

¹⁹ Véase Edward Comor, *Communications, Commerce and Power*, Londres, 1998.

ción como un proceso absolutamente uniforme o lineal; su análisis de la resistencia de los bancos norteamericanos a reciclar los petrodólares en la década de la década de 1970 muestra que no es así. Lo que se echa en falta, sin embargo, es el tipo de análisis a gran escala que ha emprendido Comor sobre cómo se entrelazan los contradictorios intereses de clase domésticos con los objetivos divergentes de los Departamentos de Defensa y del Tesoro en el ámbito de la política exterior estadounidense, y su proyección a través de los mediadores internacionales de su hegemonía, como el FMI, el Banco Mundial, la OMC, etc.¹⁹

Ambos estudios confirman, no obstante, que el proceso de globalización, lejos de capitidismuir a los Estados, se ha ido forjando mediante ellos, e incluso por ellos mismos. El levantamiento de los controles sobre flujos financieros transnacionales, el «Big Bang» que acabó con las barreras internas en los mercados financieros, la privatización masiva de activos públicos y la desregulación en otras esferas, todo eso se realizó mediante la acción estatal, y requirieron una legalización y juridización de las nuevas relaciones entre los agentes económicos tanto en el terreno doméstico como en el internacional. Eso es lo que Stephen Vogel ha llamado con propiedad *Freer Markets, More Rules* en un detallado estudio comparativo de la reforma de las regulaciones en las telecomunicaciones y las finanzas en Gran Bretaña y Japón, confirmando la argumentación de Michael Moran en su infravalorado pero seminal trabajo *The Politics of the Financial Services Revolution*²⁰. Del mismo modo, la liberalización de los mercados financieros no ha significado en absoluto que los Estados hayan renunciado a supervisar sus sistemas bancarios. Por el contrario, como señala Ethan Kapstein, los Estados han promovido «todo un conjunto de acuerdos cooperativos [...] que incluyen, desde 1974, la fundación por el Grupo de los Diez de un comité de supervisores bancarios, la convocatoria de reuniones anuales y “escuelas de verano” de reguladores bancarios, y la articulación de principios y reglas internacionalmente aceptados sobre supervisión bancaria». El efecto de esa cooperación ha sido el fomento de la convergencia de las respectivas políticas, pero la supervisión real «descansa sobre el principio fundamental del control en cada país [...] los Estados se vigilan mutuamente, oponiéndose a cualquier eventual entidad supranacional o multilateral, para legislar y poner en vigor acuerdos que se hayan alcanzado colectivamente [...] En consecuencia, la ligazón entre los Estados y sus bancos centrales no se ha roto, sino que, por el contrario, en algunos aspectos, se ha reforzado»²¹.

Esta conclusión puede que ya no sea válida para los países de la Unión Europea, pero sí lo es para el sistema internacional en su conjunto. En éste el principio de la supervisión estatal, no sólo se ha mantenido, sino que posiblemente se ha reforzado con el comienzo de la crisis de Extremo Oriente, como sugiere una mirada a los informes del Tesoro estadounidense, formalmente publicados por el G22, sobre la necesidad de una «nueva arquitectura financiera». Precisamente porque el principio del control nacional todavía sigue operando, la preocupación central del Estado norteamericano ha sido cada vez más asegurar lo que Saskia Sassen llama con propiedad la americanización de

²⁰ Stephen Vogel, *Freer Markets, More Rules*, Ithaca, 1996, y *The Politics of the Financial Services Revolution*, Nueva York, 1991.

²¹ Michael Moran, *Governing the Global Economy*, Cambridge, Mass., 1994, p. 20.

las normas, no sólo internacionales sino también las vigentes en cada país, que regulan los sistemas financieros y definen las características de la información que debe ser pública²². El arbitraje comercial transnacional y los servicios de *credit-rating* constituyen regímenes informales que se han americanizado en lo sustancial, mientras que el objetivo de la «nueva arquitectura financiera» consiste en convertir las leyes sobre supervisión y quiebras en réplicas de las correspondientes estadounidenses. Una vez más, nada nuevo. Ésa ha sido la dinámica de todos los empeños por alcanzar tratados internacionales en los últimos veinte años, con el fin primordial de asegurar que el capital extranjero goce de los mismos privilegios que el doméstico dentro de las fronteras de cada Estado. La serie continua de negociaciones bilaterales —en 1997 se alcanzaron 1.513 acuerdos comerciales bilaterales, es decir, aproximadamente cuatro por día— tiene la misma finalidad. En el año en que se puso fin al Acuerdo Multilateral sobre Inversiones se produjeron no menos de 151 cambios en las regulaciones que rigen las inversiones extranjeras directas en 76 países, y el 89 por 100 de ellos eran favorables al capital extranjero²³. Ésos son, pues, los indicadores de la «reproducción inducida» del imperialismo en nuestros días.

El nuevo imperialismo

Es muy sorprendente, por tanto, que haya habido tan pocos intentos de teorizar explícitamente el nuevo imperialismo desde que Poulantzas escribió sobre él a mediados de la década de 1970. Susan Strange, que trató de hacerlo, atribuyó esa escasez al mito de la declinante hegemonía estadounidense en el período que siguió a su derrota en Vietnam, el caso Watergate y la revolución iraní:

El declive de la hegemonía estadounidense es un mito, poderoso, sin duda, pero, en cualquier caso, un mito. En todas las cuestiones importantes Estados Unidos sigue manteniendo el poder suficiente para conformar los marcos e influir sobre los resultados. Eso implica que puede trazar los límites dentro de los cuales los demás eligen entre una restringida lista de opciones, siendo esas restricciones consecuencia en gran medida de las decisiones estadounidenses [...] Los estudiosos de la década de 1980 han seguido viviendo en el pasado e imaginando teorías de estabilidad hegemónica para dar cuenta del estado de ánimo predominante a finales de la de 1970. No es, sin embargo, la primera vez que los científicos sociales se comportan como generales que, sobrepasados por los acontecimientos, se dedican a elaborar cuidadosos planes para luchar en una guerra pasada²⁴.

Otra razón para la pervivencia de ese mito, especialmente fuerte en el seno de la izquierda, fue el relativamente pobre rendimiento de la economía estadounidense en la década de 1980. La respuesta de Strange consistió en señalar que el poder estructural de Estados Unidos no podía medirse únicamente en términos de su PNB o de sus exportaciones:

Las empresas multinacionales con base en Estados Unidos, más las radicadas en otros países, pero que realizan allí gran parte de sus operaciones comerciales,

²² Ethan Kapstein, *Losing Control: Sovereignty in an Age of Globalization*, Nueva York, 1996, p. 18.

²³ Véase el Informe del Banco Mundial, *Global Economic Prospects*, Washington, 1998.

²⁴ Susan Strange, «Towards a Theory of Transnational Empire», en E.-O. Czempiel y J. Roseanau (eds.), *Global Changes and Theoretical Challenges*, Lexington, 1989, p. 169.

desempeñan un papel dominante. Cualquier multinacional, sea cual sea su nacionalidad, que pretenda mantener una cuota sustancial del mercado mundial, considerará indispensable operar en el territorio de Estados Unidos. La autoridad política, por tanto, que la mayoría de los ejecutivos de las multinacionales tenderán a observar, y la que con mayor esmero evitarán ofender, es la que tiene su sede en Washington.

Cuando a ese «poder estructural» en el terreno de la producción se añadió el dominio global de Estados Unidos en el campo de las finanzas, la guerra, la información y la cultura, Strange no pudo evitar la conclusión de que:

Lo que está emergiendo, por tanto, es un imperio no-territorial cuya capital imperial está en Washington. Mientras que las capitales imperiales acostumbraban a atraer a cortesanos de las provincias exteriores, Washington atrae a gente al servicio de las empresas exteriores, a grupos minoritarios exteriores, y a grupos de presión organizados globalmente [...] Como en Roma, la ciudadanía no se ve limitada a una raza superior, y el imperio contiene una mezcla de ciudadanos con todos los derechos legales y políticos, semiciudadanos y no-ciudadanos, como la población esclava de Roma. Muchos de los semiciudadanos pasean por las calles de Río, Bonn, Londres o Madrid, y se cruzan con la multitud de no-ciudadanos; nadie puede distinguirlos por su color, raza o vestido. Los semiciudadanos del imperio son muchos y están por todas partes. Viven en su mayoría en las grandes ciudades del mundo no comunista. Entre ellos hay muchos empleados de las grandes corporaciones transnacionales que operan en la estructura de producción transnacional, y sirven, como todos ellos saben muy bien, a un mercado global. También hay que incluir a los empleados de los bancos transnacionales, y con frecuencia a miembros de las fuerzas armadas «nacionales», los que reciben entrenamiento y armas y dependen de las fuerzas armadas de Estados Unidos, así como a muchos profesionales de la medicina o de las ciencias naturales y sociales, gestores y economistas, que consideran las asociaciones profesionales y las universidades norteamericanas como el grupo de colegas ante el que tienen que brillar y hacer méritos. Está también la gente de la prensa y otros medios de comunicación, a los que la tecnología y el ejemplo de Estados Unidos han mostrado el camino a seguir, alterando sus organizaciones e instituciones establecidas²⁵.

El planteamiento de Strange difería básicamente del de Poulantzas, sobre todo en su atribución de un poder autónomo al Estado, y en su convicción de que ese poder era ante todo centralizado, más que difuso. También aseguraba, aunque resulta difícil no estimar que se trataba de un disimulo, que su objetivo era mejorar, mantener y prolongar la hegemonía estadounidense, no destruirla. Pero debemos, en cualquier caso, estarle agradecidos por su contribución a la caracterización de la bestia.

A la derecha

El término *imperialismo* está pasado de moda, como ha señalado Peter Gowan²⁶, incluso para la izquierda, de modo que ahora parece que debiéramos mirar a la derecha para hallar una guía y orientación clarividente. El

²⁵ *Ibid.*, p. 167.

²⁶ Empleándolo a pesar de todo en un debate con John Lloyd acerca de la imposición de la «terapia de choque» a los países de la Europa oriental poscomunista. Véase «Europa oriental, las potencias occidentales y el neoliberalismo», *NLR* 4, septiembre-octubre de 2000, Akal Ediciones.

reciente libro de Zbigniew Brzezinski, *The Grand Chessboard*, no oculta, sin embargo, «la posición única [de la] primera y única verdadera gran superpotencia», entre cuyos «vasallos y tributarios» se encuentran los Estados de Europa occidental. «Por primera vez en la Historia –escribe– ha surgido una potencia no euroasiática, no sólo como árbitro clave de las relaciones de poder en Eurasia, sino también como potencia mundial suprema». Más convincente que Strange en su deseo de mejorar, mantener y prolongar el imperio, el tutor ideológico de Madeleine Albright sugiere que «los tres grandes imperativos de la estrategia geopolítica son: evitar la confabulación de los vasallos y mantener su dependencia en cuestiones de seguridad; conseguir que los subordinados sigan siendo influenciables y maleables, y evitar que los bárbaros se coaliguen»²⁷.

Harold Innis dijo en cierta ocasión (y si nosotros los canadienses no lo sabemos, ¿quién lo puede saber?) que el imperialismo estadounidense se ha hecho aceptar insistiendo en que no es imperialista. Eso se mantiene en la actual retórica del Estado norteamericano. El secretario del Tesoro, Lawrence Summers, a la cabeza de la agencia estatal más poderosa del mundo, califica a Estados Unidos como «la primera superpotencia no imperialista». Los partidarios no integrados en las filas del funcionariado pueden permitirse ser más francos. El amigo íntimo de Summers, Thomas Friedman, editoralista del *New York Times*, se muestra más contundente: en la portada de la revista *Magazine* del 26 de marzo de 1999 aparece un enorme puño cerrado con la bandera de Estados Unidos, que ilustra su artículo de cabecera «What The World Needs Now: For globalization to work, America can't be afraid to act like the almighty superpower that it is» [*Lo que el mundo necesita ahora: Para que la globalización funcione, Estados Unidos no debe tener miedo a actuar como la omnipotente superpotencia que es*]. Hay algunos partidarios del imperio, no obstante, lo bastante lúcidos como para observar que esa perspectiva no siempre se ve bajo la misma luz. Como escribe Samuel Huntington:

En los últimos años Estados Unidos ha intentado (o ha dado la impresión de intentar) más o menos unilateralmente, entre otras cosas, las siguientes: ejercer presión para que otros países adoptaran los criterios y las prácticas norteamericanas con respecto a los derechos humanos y la democracia; impedir que otros países adquirieran recursos militares que pudieran contrarrestar la superioridad convencional de Estados Unidos; aplicar extraterritorialmente en otras sociedades la ley estadounidense; clasificar a los demás países según su adhesión a las normas norteamericanas sobre derechos humanos, drogas, terrorismo, proliferación nuclear, proliferación de misiles, y ahora también libertad religiosa; aplicar sanciones contra países que no satisfacen las normas estadounidenses sobre esas cuestiones; promover los intereses de las corporaciones norteamericanas amparándose en la defensa del libre comercio y los mercados abiertos; configurar la política del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, de forma que sirviera a esos mismos intereses; intervenir en conflictos locales en los que tenía intereses directos relativamente menores; intimidar a otros países para que adoptaran políticas económicas y sociales que beneficiaran a los intereses económicos estadounidenses; fomentar la venta de armas norteamericanas en el extranjero, al tiempo que procuraba impedir ventas similares de otros países; forzar la renuncia de un secretario general de la ONU y dictar el nombramiento de su sucesor; expandir la OTAN incluyendo en ella a Polonia, Hungría y la República Checa, y no a otros países aspirantes; emprender acciones militares contra Iraq y

²⁷ Zbigniew Brzezinski, *The Grand Chessboard*, Nueva York, 1997, p. 40.

mantener después duras sanciones económicas contra su régimen; y clasificar a ciertos países como «Estados indeseables», excluyéndolos de las instituciones globales porque se niegan a humillarse ante los deseos estadounidenses²⁸.

Huntington cree que todo eso proviene de la actuación como si viviésemos en un mundo unipolar, lo que ciertamente no sucederá en el siglo XXI. Teme que el comportamiento unilateral de Estados Unidos, que ya se contempla en muchos lugares como una superpotencia «indeseable», más que «benevolente», pueda provocar que no sólo Rusia y China, sino incluso los Estados de Europa, lleguen a formar una coalición antiestadounidense. Para evitar ese peligro, Estados Unidos debería mostrarse bajo una luz más benigna, dejando de actuar como un «sheriff solitario», y reforzando ante todo su alianza con Europa:

[...] mientras Estados Unidos no pueda crear un mundo unipolar, su interés está en sacar ventaja de su posición como única superpotencia del orden internacional existente, y en utilizar sus recursos para conseguir la cooperación de otros países con el fin de tratar las cuestiones globales de forma que satisfagan los intereses norteamericanos [...]. Una cooperación sana con Europa es el principal antídoto para la soledad de la superpotencia estadounidense.

Samuel Huntington se muestra de acuerdo con Tony Blair. Parece como si estuviéramos moviéndonos hacia una nueva fase de la globalización, en la medida en que el discurso ideológico dominante se desplaza de las rotundas prescripciones del monetarismo universal a la retórica más «compasiva» de la tercera vía. Durante el otoño de 1998, la adhesión del FMI –y tras él, del Tesoro estadounidense– a los principios neoliberales fue objeto de crítica e irrisión generalizada por parte de los curtidos campeones de la ortodoxia, como Paul Krugman y Jeffrey Sachs, e incluso de especuladores financieros como George Soros. Los periodistas del *establishment* comenzaron repentinamente a escuchar a los politólogos que trabajan para el Banco Mundial, entrenados como expertos en distintas regiones y más conscientes de los peligros sobre el terreno que los economistas del FMI, que sólo trabajan con ecuaciones de regresión y teoría neoclásica abstracta, y que aplicarían las mismas fórmulas de ajuste estructural a cualquier crisis. Las prescripciones neoliberales del FMI, puede oírse ahora en los despachos más inesperados, no sólo causan gran miseria, es que ni siquiera funcionan. La causa del control de capitales, que hace pocos años sólo defendían unos pocos marxistas «de otro mundo»²⁹, está recibiendo apoyos sorprendentes.

El lenguaje de la «nueva arquitectura financiera» y la creación del G22 reflejan las maniobras tácticas de la diplomacia clintoniana y de los funcionarios del Banco Mundial, y muestran pocos cambios sustantivos de política. El control de capitales ha quedado fuera de agenda, debido a «la oposición sistemática de grandes sectores del electorado, así como del Tesoro estadounidense y sus aliados en el extranjero»³⁰. Ésas son las fuerzas que mandan. Saben perfectamente que esos controles tendrían que llegar más lejos de lo que los recientes

²⁸ Samuel Huntington, «The Lonely Superpower», *Foreign Affairs*, 78:2, 1999, p. 48.

²⁹ Véase el importante trabajo de Jim Crotty y Gerald Epstein, «In Defense of Capital Controls», *The Socialist Register*, 1996.

³⁰ B. J. Cohen, «Capital Controls: Why Do Governments Hesitate?», artículo presentado en la Reunión Anual de la *American Political Science Association*, Atlanta, septiembre de 1999.

conversos están dispuestos a admitir si se quisiera domeñar efectivamente el caos que son hoy día las finanzas internacionales; pero si lo hicieran, ¿quién podría asegurar que no se utilizaran con propósitos socialistas, más que capitalistas? Hay todavía alguna gente que, tomándose la socialdemocracia europea más en serio de lo conveniente, ha predicho «una próxima batalla sobre el control de capitales» entre Europa y Estados Unidos³¹. No podrían estar más equivocados. El perspicaz análisis de Poulantzas sobre la penetración de los Estados europeos por el imperialismo estadounidense sigue siendo válido. Una prueba de ello es la voluntariosa colaboración de todos ellos con la última manifestación de la hegemonía estratégica estadounidense sobre Europa: la guerra de la OTAN contra Yugoslavia. Los que concentran su atención en el comercio regional y las rivalidades monetarias no son capaces de ver las bombas entre las bananas.

³¹ Robert Wade, «The Coming Fight over Capital Flows», *Foreign Affairs*, invierno de 1998-1999.